



Yolanda Reyes

MANUEL

ANCÍZAR

UNA PEREGRINACIÓN
POR LOS CAMINOS DE LA MEMORIA

Ilustraciones
Martha I. Calderón



COLCIENCIAS

PANAMERICANA
EDITORIAL

1 923.286
A52R

Yolanda Reyes

MANUEL

ANCÍZAR

UNA PEREGRINACIÓN
POR LOS CAMINOS DE LA MEMORIA

Ilustraciones

Martha I. Calderón



COLCIENCIAS

PANAMERICANA
EDITORIAL



COLCIENCIAS

PANAMERICANA
EDITORIAL

Director: Fernando Chaparro Osorio

Subdirector de Programas Estratégicos: Hernán Jaramillo Salazar

Asesor de la Subdirección de Programas Estratégicos: Jesús María Álvarez

Coordinación editorial: Julia Patricia Aguirre

Dirección editorial y de diseño: Carlos Nicolás Hernández
Tres Culturas Editores Ltda.

Ilustraciones y fotomontajes: Martha I. Calderón

Autoedición: Anacelia Blanco Suárez

Preprensa Digital: Fotolito Colombia Ltda.

Primera edición: Colciencias julio de 1998

Primera edición en Panamericana Editorial Ltda. julio de 1998

© 1998 Yolanda Reyes

© 1998 Derechos reservados: Colciencias
Transv. 9A No. 133-28. Fax: 6251788
E-mail: info@colciencias.gov.co
Santafé de Bogotá, D. C.
Colombia - Suramérica.

© 1998 Panamericana Editorial Ltda.
Carrera 35 No. 14-67. Tels.: 2774613 - 2379927
Fax: (57 1) 2774991 - 2379880
E-mail: panaedit@andinet.lat.net
www.panamericanaeditorial.com.co
Santafé de Bogotá, D. C., Colombia

ISBN 958-30-0515-0

Todos los derechos reservados.
Prohibida su reproducción total o parcial,
por cualquier medio, sin permiso del Editor.

Impreso por Panamericana Formas e Impresos S.A.
Calle 65, No. 94-72 Tel.: 4302110 - 4300355, Fax: (57 1) 2763008

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

CONTENIDO



Pág. 7
Primer viaje:
La infancia



Pág. 23
Segundo viaje:
Crecer



Pág. 35
Tercer viaje:
En busca de las raíces



Pág. 51
Cuarto viaje:
La peregrinación de Alpha



Pág. 69
Epilogo:
El viaje final

A Cristina Bayona Ancizar y a todos
los niños de Colombia que leerán este libro



Tal vez tú no te acuerdas de mí. Yo te conté muchas historias cuando tenías dos años. Nos sentábamos en círculo, tú, yo y otros niños, nos mirábamos a los ojos y las palabras inventaban un barco y muchos mundos adonde viajar. Después creciste, te fuiste al colegio grande y no nos volvimos a ver. Yo seguí en mi oficio de contar cuentos. Otros niños tomaron tu lugar y el de tus amigos de entonces. Podríamos haber perdido el rastro para siempre, podríamos no haber vuelto a encontrarnos nunca, de no haber sido por Manuel Ancizar, un antepasado tuyo, que es el protagonista de estas páginas.

Ahora, que eres mayor, voy a contarte su historia. La diferencia con aquellas que antes te conté es que ésta sí sucedió de pura verdad. Te estoy hablando de hace muchos pero muchísimos años, más de cien, cuando tus padres no habían nacido ni tampoco tus abuelos. Ni siquiera tus bisabuelos ni tus tatarabuelos existían. Para que tú y todos ellos pudieran nacer, tuvo que existir primero Manuel Ancizar Bastera, un hombre extraordinario que fue geógrafo y viajero, abogado, maestro, político y periodista y que nos dejó muchos libros en los que quedaron escritas unas páginas de la historia de nuestro país.

En ese entonces, Colombia se llamaba la Nueva Granada y era un país muy joven, que no sabía bien dónde comenzaban sus territo-

rios ni hasta dónde llegaban sus fronteras. Como todavía no se habían inventado los aviones ni los carros ni las autopistas ni los teléfonos, la tarea de conocer un país era muy difícil y tomaba años enteros de viaje trasladarse de un lado para el otro. Las agotadoras expediciones que hizo Manuel Ancizar, acompañando a un gran viajero llamado Agustín Codazzi, sirvieron para trazar el mapa de nuestro país, para conocer sus tierras, sus habitantes y sus costumbres y para dejar un testimonio de los lugares remotos y mágicos que hacen parte de nuestra geografía. Fueron jornadas largas e intensas, a pie y a lomo de mula, fueron muchas horas las que pasó Manuel Ancizar escribiendo, con una pluma de ganso y a la luz de una vela, para podernos dejar esa parte de la memoria y del conocimiento de esa tierra que él recorrió y por la que hoy nosotros seguimos caminando.

Seguramente te has fijado en un viejo retrato de ese señor, que se conserva en la casa de tus bisabuelos. La próxima vez que lo mires, examínalo con atención. Quizás descubras en él algunos rasgos conocidos. Quizás en tu tono de voz, en uno de tus gestos, o en la forma como miras el mundo, se conserven huellas de él. ¿Alguna vez te has detenido a mirar las líneas que hay escritas en la palma de tu mano? ¿Alguna vez se te ha ocurrido pensar que una o más de esas líneas las heredaste de gente que vivió antes que tú, y que tuvo sueños y pesadillas como te pasa a ti? Es posible que esas mismas líneas las hereden tus hijos o tus nietos, y que alguna vez ellos se pregunten desde dónde vienen trazadas y hacia dónde van.

Yo sé que eres todavía muy niña y que no piensas en esas cosas. Yo tampoco las pensaba. Es más: hasta hace poco tiempo no creía que la historia de Colombia tuviera mucha relación con mi vida. Desde que tenía tu edad, en las clases del colegio, me enseñaron colecciones de fechas, nombres de personas, de batallas y de lugares descubiertos o conquistados. Yo me las aprendí de memoria, las olvidé pronto, y me acostumbré a creer que la historia era simplemente un ejercicio de aprenderse las cosas para olvidarlas de inmediato. Ahora, que soy grande y que tengo hijos, empiezo a descubrir que la historia es mucho más que una colección de nombres y de fechas. La historia es la memoria y la memoria hace parte de lo que somos y también de lo que serán los otros, después de nosotros. Es como un tejido de palabras, de sueños, de actos y de significados que vamos armando los hombres y las mujeres mientras vivimos. Cada persona va tomando un hilo y amarrándolo con otros, hasta formar un pedazo de esa gran tela. Todos nacemos atados a ese hilo de la memoria y seguimos tejiendo una que otra puntada, con nuestras pequeñas historias de cada día.

Este libro que hoy tienes en tus manos también tiene amarradas muchas historias, pequeñas y grandes. Fue hecho con retazos de voces y con recuerdos de la gente que he ido descubriendo, encontrando, conociendo y queriendo, mientras recorría las rutas de Manuel Ancizar. Como sucede en los viajes, los mejores recuerdos que guardo, tienen que ver con esa gente que me encontré y con esos amigos que conocí durante el recorrido. Muchos de ellos ya no existen, pero nos dejaron sus cartas, sus diarios y algunos de sus objetos preferidos, para que podamos armar pedazos del rompecabezas que es cada vida. Otras personas son gente de tu familia, gente que se ha dedicado a recoger papeles aquí y allá, a organizarlos y a guardarlos como grandes tesoros, para que los que hasta ahora empiezan a vivir —como tú y como tantos otros niños colombianos— no se queden sin recuerdos, sin memoria, sin historia. Para que puedan saber quiénes habitaron y transformaron esta tierra, en qué ideas creyeron, qué sueños tuvieron y cuántos de esos sueños están aún por realizar.

Antes de empezar a escribir la primera página de este libro, tuve en mis manos papeles muy antiguos que pertenecieron a Manuel Ancizar y que viajaron en muchos barcos y por muchos mares de América y de Europa, en sus baúles de viajero y en el equipaje de sus hijos, de sus nietos y de sus bisnietos. Mientras leía los cuadernos que usaba en el colegio, mientras sentía el olor del viejo papel amarillo en el que escribió sus cartas, mientras miraba los dibujos, los garabatos y los apuntes que él recogió durante sus agotadoras jornadas y mientras contemplaba los paisajes que él también contempló, sentía una emoción muy extraña. Era la emoción de descubrir cómo nos parecemos todos, cómo estamos de cerca, cómo compartimos rasgos, sueños, dudas y preguntas, cómo todos vamos dejando huellas de nuestros pasos y cómo estamos amarrados unos a otros, con los hilos de la memoria.

Me gustaría, simplemente, que este libro te sirviera de brújula y de mapa para emprender tu propia aventura de conocerte mejor. Para saber de dónde vienes y hacia dónde quieres ir. Para intentar descifrar esos misterios de la vida y de los orígenes que te unen a otras personas en este territorio, antes y después de hoy

Yolanda Reyes

Bogotá, marzo de 1998.